

AÑO II.—NUMERO 605

Madrid, domingo 19 de Noviembre de 1911

TRES EDICIONES DIARIAS

### LOS PROCESADOS DE CULLERA

#### Declaraciones de Echagüe

El general Echagüe ha hecho algunas importantes declaraciones a un redactor del *Heraldo* referentes al proceso de Cullera.

El capitán general de Valencia se muestra satisfecho de sí mismo y de su obra, aunque afirma que está asqueado por no haber conseguido más. El general, en este punto concreto del asunto, se ha expresado con mucha vaguedad. Según se induce de la información del *Heraldo*, en las Cortes quizá hable el Sr. Echagüe con mayor claridad.

También esperamos nosotros ese momento para lo mismo, porque ahora nos encontramos en idéntico estado de ánimo que el capitán general de Valencia: cansado, asqueado, obligado a escribir con medias palabras y esperando con impaciencia a que se abran las Cortes para que allí puedan decir la verdad los diputados radicales.

De todas las declaraciones del general Echagüe la que nos ha causado más asombro ha sido la de que estima como una obligación sagrada permanecer en su puesto para que el buen nombre del Ejército quede sin mancha.

¿Quién ha tratado de mancillar el buen nombre del Ejército?

Es muy otra la cuestión planteada, y pretender llevarla por esos derroteros es hacer imposible su discusión en la Prensa y en el Parlamento.

Cuando llegue el día en que se haya de discutir en las Cortes lo ocurrido en Cullera, ya verá el Sr. Echagüe cómo se ha planteado el problema sin que el Ejército sea disueltos por nadie.

Lo más importante de cuanto ha dicho el general Echagüe está contenido en los siguientes párrafos de la información periodística:

—Mandando de tono, el general me dice: —Ahora mismo no podría decirle si el Consejo de guerra se celebrará dentro de veinte días o de dos meses. No han terminado las comparecencias. Han de pasar luego los autos a estudio de Capitanía General; se han de poner posteriormente de manifiesto a los letrados; se cumplirán luego otras diligencias con arreglo a lo que dispone el Código de Justicia militar y, una vez dadas las diligencias que todo se haya hecho perfectamente, han de pasar aún más de veinte días antes de señalar la vista.

La más pequeña deficiencia en el procedimiento retrasará el acto, porque yo no estoy dispuesto a poner mi firma a nada que pueda ser merecedor una observación del más alto tribunal de la Nación.

¿Qué prisa hay para que el Consejo de guerra se reúna?

Nosotros no tenemos ninguna. Queremos evitar que se puedan esgrimir argumentos contra la legalidad del procedimiento, y aunque hubiese que prolongar las actuaciones quince, veinte, treinta días, así se haría, antes que servir a los enemigos de la justicia y de la verdad.

Además, quiero evitar que, celebrado el Consejo, si en él se dicta alguna alguna sentencia de pena capital, al tener que ir al Supremo, desde allí nos devolvieran los autos diciéndonos que no se habían llenado todos los requisitos y que de nuevo se constituyera el Consejo de guerra.

Es decir, que no queremos ir de prisa para perder el tiempo.

Ningún interés tenemos en ello. Sólo nos interesa el cumplimiento del deber, y en ese punto será inflexible, aunque el Consejo de guerra no se reúna hasta Enero.

punto será inflexible, aunque el Consejo de guerra no se reúna hasta Enero.

—He aquí un hecho que no sucedería en ningún país civilizado: tener a toda una provincia en estado de guerra durante meses sólo para substanciar un proceso por la autoridad militar!

Para hacer justicia se dejan incumplidas las leyes, como hemos demostrado sin que nadie nos contradiga; se somete a todos los ciudadanos por tiempo indeterminado a una jurisdicción excepcional.

Ha terminado la sedición o rebelión que reclamaron el estado de guerra; se ha vuelto a la normalidad; pero sigue y seguirá la autoridad militar al frente de un estado de cosas ilegal con el único objeto de juzgar a los procesados de Cullera.

¿Por qué? Porque se desconfía de la justicia civil, del Jurado y de los jueces ordinarios.

Si las leyes hubieran sido cumplidas, el general Echagüe habría convocado un Consejo de autoridades para levantar el estado de guerra días después de haberse restablecido las garantías constitucionales por el real decreto del Gobierno. Y levantado el estado de guerra, los procesados de Cullera serían juzgados por la jurisdicción ordinaria.

¿Qué dirá de esto en las Cortes el señor Echagüe?

—Que responderá cuando, con los textos en la mano, se le acuse de haber faltado a las leyes?

Este es un punto muy importante de que se ha olvidado el general Echagüe en su conversación con el redactor del *Heraldo*.

¿Por qué continúa el estado de guerra en Valencia?—pudo haber preguntado el periodista.

Y el general, para salir del aprieto, habría tenido que responder: «Porque así es mi voluntad».

El general Echagüe ha dejado incumplida la ley de Orden público; pero como es grande de España, senador y general, nadie le exigirá responsabilidad ninguna.

¿Tiene por cómplice de ese incumplimiento al Gobierno?

—No lo sé.

—¿Tiene por cómplice de ese incumplimiento al Gobierno?

—No lo sé.

—¿Tiene por cómplice de ese incumplimiento al Gobierno?

—No lo sé.

—¿Tiene por cómplice de ese incumplimiento al Gobierno?

—No lo sé.

—¿Tiene por cómplice de ese incumplimiento al Gobierno?

—No lo sé.

—¿Tiene por cómplice de ese incumplimiento al Gobierno?

—No lo sé.

—¿Tiene por cómplice de ese incumplimiento al Gobierno?

—No lo sé.

—¿Tiene por cómplice de ese incumplimiento al Gobierno?

—No lo sé.

—¿Tiene por cómplice de ese incumplimiento al Gobierno?

—No lo sé.

—¿Tiene por cómplice de ese incumplimiento al Gobierno?

—No lo sé.

—¿Tiene por cómplice de ese incumplimiento al Gobierno?

—No lo sé.

—¿Tiene por cómplice de ese incumplimiento al Gobierno?

—No lo sé.

—¿Tiene por cómplice de ese incumplimiento al Gobierno?

—No lo sé.

### Señorita Lolita Bremon, primerísima actriz del Español

#### "The Times," juzga las últimas elecciones

Un artículo editorial de *The Times* llegado hoy habla de las «victorias monárquicas de España» y busca la causa de lo que califica de derrota de los republicanos, influido, sin duda, por los datos oficiales, que han dado al hecho proporciones excesivas. Y conste que al día siguiente de las elecciones, nosotros formulamos con toda sinceridad nuestro pensamiento, hasta el punto de que nuestra declaración sirve de punto de apoyo a *The Times* para juzgar con su criterio monárquico conservador la situación política de España.

Reproducimos los siguientes párrafos para que aprecien los republicanos como aprovechan sus naturales adversarios cualquier movimiento de desmayo. Hay además observaciones que conviene recoger.

Una desanimación que corresponde al alboroto de los monárquicos ha caído sobre la oposición republicana, que ve en la derrota electoral decaer sus esperanzas precisamente en el momento en que la inquietud económica en España, y al ejemplo del derrumbamiento de la Monarquía en Portugal, parecían llevarlos a la revolución entusiasta.

La reacción actual contra el republicanismo es quizá más aparente que real, puesto que en 1909 votaron gran parte obligados por la ley del Sr. Maura, que castiga a que se abstengan, contra el Gobierno por espíritu de oposición y para manifestar su disgusto por aquella obligación, sin pensar en derribar el Gobierno.

De todos modos, no dejan de ser significativas las elecciones, pues demuestran que las masas del pueblo español no tienen inclinación a seguir el ejemplo de Portugal, siquiera su orgullo nacional les empujara hacia la República, y que no simpatizan con los ataques violentos al sistema constitucional vigente, basado en un razonable compromiso entre ideales que luchan en España.

### El general Reyes, detenido

#### SAN MANDONIO (Tejas), 19. Por mandato del Tribunal de Laredo ha sido detenido el general mejicano Reyes por violación de neutralidad.

Reyes tomó recientemente parte activa en la organización de una nueva revolución mejicana, la cual parece inminente.

### Un banquete, una broma y una reunión

BILBAO, 19. Para celebrar el ascenso al generalato del coronel del regimiento de Garelana, D. José de Arce, los jefes oficiales le han obsequiado con un banquete.

—En el Gobierno Civil se ha presentado una denuncia diciendo haber aparecido en los montes de la comarca un «animal monstruo» que tiene aterrorizados a los vecinos.

Crónos se trata de una broma.

—Se ha reunido el profesorado de la Escuela de Ingenieros Industriales para tratar de la conducta que habrá de seguir en vista de la Asamblea que se celebrará el lunes con motivo del conflicto planteado.

### RECORDATORIO OPORTUNO

#### Lo que va de ayer a hoy

Recuerda *El País* esta mañana «la Santa Isabel» estudiante de 1884. Fecha famosa en los fastos universitarios y en la historia de las reprensiones conservadoras.

Entonces, como siempre que las derechas españolas se encuentran frente a un conflicto de orden público, no hallaron los gobernantes otro recurso más expeditivo que acorralar sanamente a los que, con mayor celo que ellos por la defensa de las leyes fundamentales de la Nación, se manifestaban en pro de las libertades de conciencia y de pensamiento, en peligro, entonces como ahora, por los avances de una reacción desenfrenada.

Gobernaba Cánovas del Castillo; era ministro de la Gobernación Romero Robledo, y gobernador de Madrid el Sr. Villaverde.

Se pegó de firme: hubo heridos y contusos; se atropelló el fuero universitario y se desató al rector Sr. Pisa Pajares por las cabillas policíacas del coronel Oliver. Los liberales se indignaron mucho, y en las Cortes censuraron fieramente a los autores de la represión.

No se olvide que de esto hace veintisiete años; lo que explicará que el Sr. Canalejas no pudiera intervenir decisivamente en la política liberal de aquellos tiempos.

Fué esta una gran desgracia para el coronel Oliver, que, de haber asaltado la Universidad en los días de ahora, «ya sería por lo menos general».

Renovar en estos momentos de a-tonía liberal, de indiferencia ambiente, de egoísmo y de cobardía el recuerdo de los entusiasmos generosos de aquella juventud esforzada, es obra de salud pública, por la que felicitamos al querido colega. Con él estamos para ofender al veterano D. Miguel Morayta el homenaje a que su fe republicana, sus virtudes cívicas, su anticlericalismo irreductible, su saber y sus servicios a la cultura y a la democracia le hacen acreedor.

D. Miguel Morayta, causa ocasional de «la Santa Isabel» estudiantil, por su famoso discurso de apertura de curso, anatematizado por el obispo y protestado airadamente por los escolares carlistas, mestizos y católicos, dió el primer impulso al formidable movimiento anticlerical que todavía conmueve la política española. Justo es que en esta hora de defecciones y de traiciones incalificables a la causa democrática nos honremos honrando la consecuencia y la fe inquebrantable de este apostol del librepensamiento.

Junto al nombre ilustre de Morayta evoca también *El País* los de los estudiantes que más se distinguieron en la defensa de la libertad y de los fueros universitarios: Manolo Labra, Manuel Ortiz de Pinedo, García Mayoral, Luis Paris, Antonio Palomero, Rafael Delorme, Luis Besses, Arturo Píera, Casado, Ricardo Fuente...

El colega ha olvidado a Viérol, que salvó el estandarte de la Facultad de las iras policíacas; a Enrique Trompeta, flamante concejal republicano, que formó parte de la Comisión organizadora de la contraprotesta liberal; a Agapito Martínez Vicente, a Francisco Ruiz de Gordejuela, al hijo mayor de Salmerón... y otros muchos que escaparán también a nuestra memoria, todos dignos de recordación ca-lurosa. Tenemos la seguridad de que los supervivientes de aquellos sucesos memorables serán los primeros en adherirse y en hacer suyo el homenaje oportunísimo que propone *El País*.

Por cierto que sería muy oportuna también la publicación de la historia o memorias de aquellos días, que sabemos tiene escrita e inédita D. Miguel Morayta.

Otro detalle curioso, igualmente inédito, en Madrid por lo menos, de los sucesos universitarios de 1884 es que a la cabeza de las firmas que autorizaban la protesta de los estudiantes neos contra los defensores del librepensamiento figuraba la de D. Rodrigo Soriano, junto a la del hijo mayor de D. Alejandro Pidal.

Y, puestos a recordar fechas y cosas, no estará de más decir que por aquella fecha se celebraron también unas famosas elecciones municipales tan reñidas como las de ahora y en las que triunfaron los liberales, como ahora, pero con la parva diferencia de que los Mar-tos y los Sagasta lucharon aliados con los republicanos contra los neos y reaccionarios de toda laya, y los Canalejas y Romanones han-vencido aliados con los esbirros de «la Santa Isabel» contra los demócratas y los librepensadores.

### Bien por los radicales palentinos!

Nuestro amigo el entusiasta radical de Palencia D. Vicente Arangüen, médico notable y concejal de aquel Ayuntamiento, nos escribe relatando lo ocurrido en las elecciones allí celebradas lo siguiente:

«Este Partido Radical luchó en las elecciones del pasado domingo presentando dos candidatos, D. Ángel Torres Pérez, honradísimo comerciante, y el joven abogado D. Andrés Santoyo González, saliendo triunfante el primero, no obstante los procedimientos ruines que emplearon los monárquicos, como compra escandalosa de votos, a ciencia y conciencia de las autoridades, y demás artimañas por el estilo.

Así, pues, la única minoría republicana de este Ayuntamiento en 1.º de Enero será la radical, compuesta del referido candidato triunfante y el que estas líneas escribe. Excoiso decimos mi satisfacción por nuestro éxito. Apenas fundado el grupo radical y verificadas las primeras elecciones de concejales (12 Diciembre 1909) salió de las urnas un republicano, que fui yo, y ahora otro, también radical.

El segundo candidato triunfó moralmente, pues los monárquicos le sacaron diferencia de veintiséis a ochenta votos de menos a más y lo ocurrido en el distrito donde el joven Santoyo luchó es estupefante, y conviene hacerle constar para honor de los radicales y vergüenza de los adversarios, especialmente del gobernador canalejista.

Enterados nuestros amigos de que se ejercía una coacción brutal en los electores, se dirigieron a la Plaza de Toros, propiedad del cacique de esta ciudad, Sr. Calderón, encontrando noventa y cuatro hombres encerrados y comprados a 15 pesetas cada uno, para votar la candidatura monárquica.

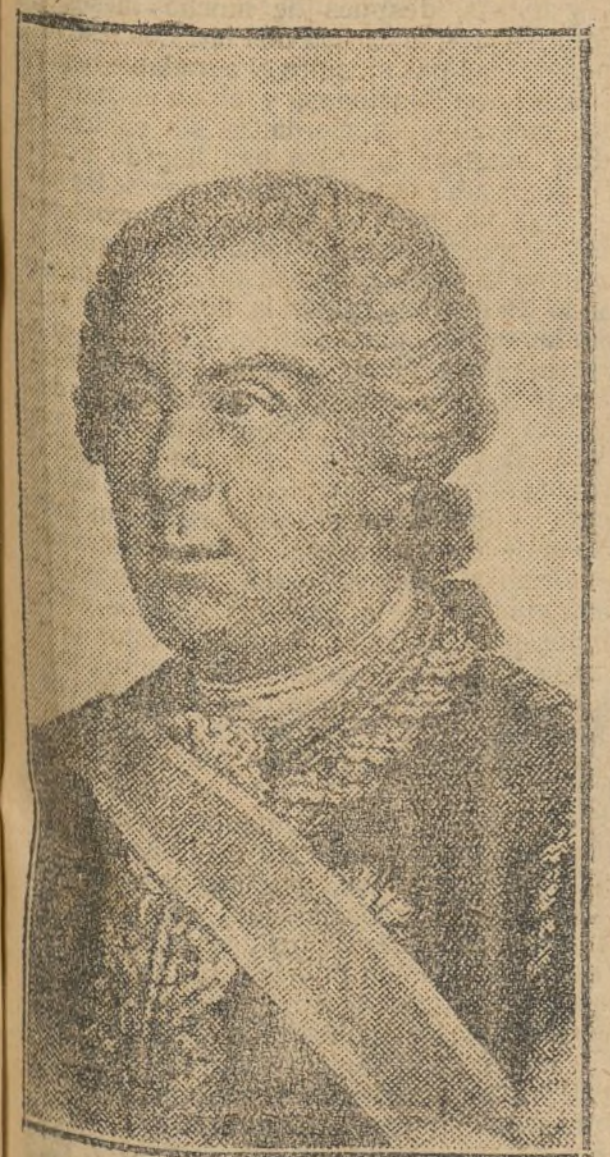
Se desfiló este grupo de borregos, marcados de la manera que es fácil presumir; hubo una algarada regular, denunciaron los valientes radicales a la autoridad civil lo ocurrido, presentando las listas con los nombres, cantidades de los compradores arrebatados de la mano a Félix Gutiérrez, empleado de la Casa de Banca de Hijos de Valentín Calderón.

¿Qué hizo el gobernador? Hasta la fecha, nada. Exasperados los amantes de la legalidad del sufragio, se dirigieron a la Sección 2.ª del distrito protestando de la forma escandalosa que se hacía la elección, resultando la urna rota.

## EL CENTENARIO DE JOVELLANOS

### PAN Y TOROS

#### LA ESPAÑA DEL SIGLO XVIII



El centenario de Jovellanos no ha llegado a ser un homenaje nacional. Pasaría en secreto en Madrid sin la fiesta que se anuncia para el día 27.

Jovellanos, espíritu sólido que tuvo la complejidad de un enciclopedia, pero con las raíces españolas, no goza en España la popularidad de cualquier sainetero. Hoy reproducimos su famoso opusculo «Pan y toros», retrato tan vivo y tan ené-

gico de la sociedad de su tiempo, que los propios admiradores de Jovellanos tuvieron la cobardía de dudar de la paternidad de la obra.

España ha cambiado tan poco, que la mayor parte del opusculo parece escrito para hoy.

### ORACION

Apológica que en defensa del estado floreciente de la España en el reinado de Carlos IV dijo el autor por los años de 1786 en la Plaza de Toros de Madrid.

Todas las naciones del mundo, siguiendo los pasos de la Naturaleza, han sido en su niñez débiles; en su pubertad, ignorantes; en su juventud, guerreras; en su virilidad, filósofos; en su vejez, legistas; y en su decrepitud, supersticiosas y tiranas.

Ninguna en sus principios ha evitado el ser presa de otra más fuerte; ninguna ha dejado de aprender de los mismos bárbaros que la han invadido; ninguna se ha descuidado de tomar las armas en defensa de su libertad cuando ha llegado a poderla conocer; ninguna ha omitido el cultivo de las ciencias apenas se ha visto libre; ninguna ha escapado de la manía de legisladora universal si se ha considerado científica; y ninguna ha evitado la superstitiosa luego que ha tenido muchas leyes.

Estas verdades, comprobadas por la historia de todos los siglos y algunos libros que habian llegado a mis manos, sin duda escritos por los enemigos de nuestras glorias, me habian hecho creer que nuestra España estaba ya muy próxima a los horrores del sepulcro pero mi Venida a Madrid, sacándome felizmente de la equivocación en que vivía, me ha hecho ver en ella el espectáculo más asombroso que se ha presentado en el universo; a saber: todos los períodos de la vida racional a un mismo tiempo en el más alto grado de perfección.

Han ofrecido a mi vista una España niña y débil, sin población, sin industria, sin riqueza, sin espíritu patriótico y aun sin Gobierno conocido; unos campos yerrosos y sin cultivo; unos hombres sucios y desahogados; unos pueblos miserables y sumergidos en sus rui-

nas; unos ciudadanos meros inquilinos de su ciudad, y una Constitución que más bien puede llamarse un batiborrillo confuso de todas las Constituciones.

Me ha presentado una España muchacha, sin instrucción y sin conocimientos; un vulgo bestial; una nobleza que hace gala de la ignorancia; unas escuelas sin principios; unas Universidades; fieles depositarias de las preocupaciones de los siglos bárbaros; unos doctores del siglo X, y unos premios destinados a los súbditos del emperador Justiniano y del Papa Gregorio IX.

Me ha ofrecido una España joven y, al parecer, llena de un espíritu marcial de fuego y fortaleza; un cuerpo de oficiales generales para mandar todos los ejércitos del mundo, y que si a proporción tuviera soldados, pudiera conquistar todas las regiones del Universo; una multitud de regimientos, que, aunque faltos de gentes, están agguerridos en las fatigas militares de rizarse el cabello, blanquear con harina el uniforme, arreglar los pasos al compás de las contradanzas, gastar pólvora en salvajes las praderas y servir a la opresión de sus mismos conciudadanos; una Marina percherona de costosos navíos, que si no pueden salir del puerto por falta de marineros, a lo menos pueden salir al Oriente de grandes y finísimas pieles de ratas, de que abundan; unas fortificaciones que hasta en los jardines de recreo horrozan a los mismos patriotas que las consideran como mausoleos de la libertad civil, y unas armadas bélicas capaces de afeminar a los más rígidos espartanos.

Me ha mostrado una España viril, sabia, religiosa y profesora de todas las ciencias. La ciudad metrópoli tiene más templos que casas, más sacerdotes que seglares y más aras que cocinas. Hasta en los sucios portales, hasta en las infames tabernas se ven retablos de papel, pepitorias de cera, pilitas de agua bendita y lámparas religiosas.

No se da paso que no se encuentre una Cofradía, una procesión o Rosario cantado por todas partes resucitan los chillidos de los castigados rebuznos de los sochantres y la algarabía sagrada de los músicos, entreteniendo las almas devotas con villancicos, gozos y arietes de una composición tan seria y unos conceptos tan elevados, que, sin entenderlos nadie, hacen reír a todos.

Hasta los más recónditos y venerables misterios de la religión se cantan por los ciegos a las puertas de los bodegones al agradable y majestoso compás de la guitarra.

No hay esquinazo que no se empapele con noticias de novenarios, ni en que dejen de venderse relaciones de milagros, tan creíbles como las transformaciones de Ovidio.

Las ciencias, sagradas, aquellas divinas ciencias cuyo cultivo hizo sudar a los padres de la Iglesia, se han hecho tan familiares, que apenas hay ordenado al desbarbato que no se encaramen a enseñarlas desde la cátedra del Espíritu Santo.

El delicadísimo ministerio de la predicación, que por particular privilegio se permitió a un Pantero, a un Clemente Aleandrino, a un Origenes, hoy es permitido a un invitado episcopal, a cualquiera frailezuelo, que lo toma por oficio mercenario.

Las escrituras santas, los incorruptibles elementos de la religión, son manoseadas por simples gramáticos, que cada día nos dan en castellano de una manera tan nueva que no las conoce la madre que las parió. Las lenguas extranjeras se aprenden cuando se ignora la lengua patria, y por los libros franceses se traducen los escritos de los hebreos.

La Filosofía se ha simplificado con las artificiosas abstracciones de Aristóteles, y desdoblada de la pesada observación de la Naturaleza, se le ha hecho esclava del error y del sofisma.

La Moral, que fué la formadora de los Platones, los Sócrates, los Demóstenes, los Cicerones, los Plutarcos y los Sénecas, sólo sirve entre nosotros a tinturar levemente a los que, dejando de ser filósofos, se han de meter a procesistas, y llegan a legisladores. El derecho se reputa por inútil y aun nocivo. El derecho patrio se estudia por la legislación de una nación que ya no existe.

La Poesía es despreciada como una expresión de locura, y la oratoria, como pasatiempo de la ociosidad. Nuestros predicadores y nuestros abogados han descubierto el inestimable tesoro de ser letrados sin cultivar las letras y vender caras las más insulsas arengas y pajosos informes.

Las obras con que cada día nos entriquecen estos sabios, sin duda nos harán notables en los siglos venideros.

Servirán de envoltorio de púrpura y especias, y no dejarán de ser útiles a los cartonistas y boticarios.

El venerable nombre de teólogo apenas se conocía en la antigüedad hasta que las largas vigiliantas, continuadas tareas y profundas meditaciones habian blanqueado el cabello y arrugado el rostro; pero en el día se logra aun sin apuntar la barba y aun sin más trabajo que arrastrar bayetas seis o siete años en su Universidad y haber ejercitado el pulmón en disputas pueriles sobre bagatelas despreciables.

Un jurisprudente creía Atenas que no se formaba sin el socorro de todas las ciencias, sin el perfecto conocimiento del corazón humano y sin la observación infatigable de la ley eterna; y un jurisprudente lo ve España formado con unos miserables principios de lógica, con un superficial estudio del Bui y con unos cuantos años de instrucción en los errores forenses y en las iniquidades de los pleitos.

En la Medicina no tenemos que envidiar a ninguno: tenemos quien nos sangre, nos purgue y nos mate tan perfectamente como los mejores verdugos del Universo.

La riqueza de nuestros boticarios es una prueba de la sabiduría de nuestros médicos y

de su propensión al arte jarpotístico y a la ciencia recetaria y curandería.

Las Matemáticas las estudiamos poco porque sirven para poco, y reduciendo a demostración todas sus proposiciones, no dejan campo al entendimiento sublime para hacer lo blanco negro y lo negro blanco con la admirable fuerza de un argumento en *Dartis, Barliphon* ó en *Fraserarum*.

El Comercio, que los extranjeros ponderan con razón como canal de las riquezas de un Estado, tiene sus principios; pero nosotros no necesitamos quebrarnos la cabeza en aprenderlos, pues les basta a nuestros mercaderes saber que lo que vale a deben venderlo por 6, y prestar dinero sobre prenda *pretoria* al 6 por 100 cada mes, y esto aun los más religiosos y justificados en el concepto de sus antagonistas.

La Física es ciencia que siempre ha traído visos de hechicería y diablura; y aunque se han establecido algunos laboratorios, todos los hombres de carrera dicen que su estudio es mineria y pasatiempo, y que nunca saldrá de entre los crisoles un tratado de *Decisionibus, cursibus de Magistratibus*, ó cosa semejante, para la felicidad del mundo.

Me ha mostrado una España vieja y regañona, brotando leyes por todas las coyunturas. El cuerpo de un maldito Derecho, engendrado en el tiempo más corrompido del Imperio romano, para servir a la Monarquía más despótica y llena de confusión que han conocido los siglos. El Código de Justiniano, concluido de retales y caprichos de los juriconsultos, y la compilación de Graciano, llena de decretales falsas y canones apócrifos, sacaron a luz nuestras Partidas y abrieron las puertas a las más ridículas cavilaciones de los leguleyos. Nuestra Recopilación, nuestros autos acordados, nuestros modos de enjuiciar, todos toman de aquí su origen.

La legislación castellana reconoce por cuna el siglo más ignorante y turbulento; siglo en que la espada y la lanza eran la suprema ley, y en que el hombre que no tenía puñanza para embasar tres ó cuatro de una estocada, era tenido por infame, villano y casi bestia; siglo en que los obispos mandaban ejércitos, y en vez de ovejas educaban lobos y leopardos; siglo en que los sílidos del pastor estaban convertidos en bramidos de tigre, y en que el chipazo de una excomunion encendía la voraz hoguera de una guerra civil y sanguinaria; siglo en que la moda del derecho feudal traía los vasallos de mano en mano como pelota e iba introduciendo entre los hombres la variedad de castas que entre los caballos y perros; siglo, en fin, que no se conocía más derecho que la fuerza, ni más autoridad que el poder.

En esta infeliz cuna se adormeció, y en los reinos más calamitosos y violentos anduvo vacilando, hasta que el gran Felipe II el Escudriñado la sacó de entre pañales y la puso andadera, de que jamás saldrá.

Al gran Felipe debe nuestra legislación la

gala despotica de que se halla revestida; deba los fortísimos balartes de tantos Consejos, donde muda más formas que Proteo, sin peligro de que lo imita ninguno; debe tantos manantiales inagotables que de día en día la han ido enriqueciendo con más jueces que leyes y más leyes que acciones humanas; debe que los diversos ramos del Gobierno y la Justicia se dirijan por una sola mano como las mulas del coche.

Debe la fortísima falange de letrados que, armados de sus plumas y cubiertos de sus eternos pelucos, todo lo vencen y todo lo atropellan; debe el que los delirios de un testador preocupado y avariento se venguen con una supersticiosa religión, y los fundamentos constitucionales de una sociedad se desprecien sin escrúpulo de conciencia; debe el que una nueva ley se forme con un santiamén y la observancia de una antigua cueste un pleito de un siglo; debe el extraordinario hienito de los Tribunales, que ahorcan veinte ciudadanos en un día y discurren veinte años para quitar las mulas de un coche, y debe el que la elocuencia forense se vea en la altura en que se ve, aunque en más se viera si hubiera colocado los Consejos en el pico de Tenerife. Al gran Felipe se debe nuestra Economía Política de su inefable sistema y de sus asombrosos reglamentos, que hasta ahora no ha entendido ninguno.

La sapientísima compilación del contador Ripia y las acordadas del Consejo de Hacienda serán un eterno monumento de nuestra ciencia económica.

¿Dónde hay sutileza más singular que el discurso de aumentar los haberes reales aumentando las contribuciones al pueblo?

¿Que pensamiento más feliz que el de los estancos, en donde, con la sencilla operación de comprar barato y vender caro, impidiendo la concurrencia de vendedores, se gana todo aquello que se quiere?

Si la codicia ó necesidad no produjese todos los días contrabandistas, ¿que interés no dejaría el tabaco, que pudiera muy bien venderse a onza de oro?

¿Por qué no pudiera también estancarse el vino, el aceite, el agua y aun el aliento de los ciudadanos?

La alcabala y los millones son el fomento más singular del comercio y de la industria. No hay género que no aumente su precio, si no natural, a lo menos real y efectivo con estas gabelas; sin ellas, los frutos valdrían un tercio más baratos y los sudores del labrador servirían a señalar su valor intrínseco; las manufacturas de las artes no lograrían un sobreprecio que las saca de competencia con los extranjeros, y los artesanos no trabajarían cosa de provecho si no tuvieran el papelón de examen, ni lograrían la dicha de ser registrados en los de sus gremios; sin ellas, carecería el reino de una multitud asombrosa de consejeros, administradores e interventores; sin ellas no vieran los hombres la milagrosa transfor-

## NOTAS DEL DIA

Lerroux, en Madrid.

Esta mañana ha llegado a Madrid nuestro querido jefe, Alejandro Lerroux. A su llegada al Gobierno una significación extraordinaria, a juzgar por las órdenes telegráficas transmitidas a casi todos los lugares del tránsito.

En la estación y alrededores se habían adoptado precauciones inusitadas: toda una comoción policiaca.

Llegada de Montero Ríos.

El correo de Galicia nos ha restituido esta mañana al Sr. Montero Ríos.

Los hijos del ex presidente del Consejo, incluyendo los políticos hijos, por supuesto, y los Sres. Barroso y López Mora, actuando de amigos piadosos, han recibido al eximio canónigo de Lourizán.

Hasta ahora no ha hecho declaraciones, por lo menos que sepamos; pero es de suponer que, de haberlas hecho, hubieran sido las de un perfecto ministerial, las de un soldado de fila.

¿Qué conmovedor espíritu de disciplina el de D. Eugenio!

Canalejas en Gobernación.

Al mediar el día el presidente del Consejo llegaba al Ministerio de la Gobernación.

Su coloquio con el Sr. Barroso duró aproximadamente una hora.

Los periodistas no lograron el honor de saludar hoy al Sr. Canalejas.

Terminada la referida conferencia, el jefe del Gobierno marchó al campo, donde se propone pasar la tarde dando satisfacción a sus pastores alifonios.

Harto del monólogo que tanto le abruma, ha querido dialogar con nuestra pródiga madre Naturaleza.

Todos, todos los diálogos imaginables, menos el parlamentario.

Incendio dominado.

Participa el gobernador de Segovia en un telegrama a su jefe, el Sr. Barroso, que a las cinco y treinta de esta madrugada ha sido dominado el incendio que se iniciara anoche en el pueblo de Moronillo.

El siniestro, que en principio amenazaba con destruir todo el caserío, se ha reducido al incendio de quince edificios.

Aunque las pérdidas son de consideración, no hay que lamentar desgracias personales.

Los revendedores.

Una exigua Comisión de revendedores ha visitado al subsecretario del Ministerio de la Gobernación para protestar de la sistemática persecución de que son víctimas.

Y decimos que la Comisión era exigua porque la formaban sólo dos, los únicos que habían logrado escapar de la batida practicada esta mañana en la calle de Sevilla y adyacentes.

Diecisiete revendedores han pasado a la Comisaría, y por su suerte, tiemblan ambos libertos y por la de sus compañeros, claro está.

Y pensar que los cuatros fueron el domingo último tan elementales factores del triunfo electoral de los monárquicos!

¡Así paga el diablo!

Moret a Zaragoza.

Esta mañana ha marchado a Zaragoza don Segismundo Moret acompañado de algunas personas de su familia.

Su viaje tiene por objeto, como ya se ha dicho, inaugurar la serie de conferencias políticas que han de dar varias personalidades en el Círculo de la Unión de dicha capital.

Explorando el terreno

CADIZ, 19. Los pasajeros llegados en el vapor correo de Fernando Poo dicen que el doctor alemán Schullt, ex oficial del Ejército imperial, practico en Octubre un viaje de exploración al interior de la isla, acompañándole varios indígenas, encargado de ir abriendo camino a través de los bosques vírgenes.

Los expedicionarios ascendieron hasta 2.000 metros, llegando a la cumbre del monte Santa Isabel.

El doctor Schullt ha hecho también la triangulación de la isla de Annobón.

Estos datos serán incluidos en una nueva carta geográfica que se publicará en Alemania.

Los japoneses desembarcan

TOKIO, 19. Anunciase oficialmente que los japoneses han efectuado el desembarco de un destacamento en Tchefun (China).

## ¡Vaya una embajada!



LOS CHINOS. — Venimos, Sr. Canalejas, a ver si nos deja al Sr. Barroso para que nos haga las elecciones.

## Saqueo de la riqueza artística

Sus causas

Cada vez que ocurre una fechoría como la recentísima del cura ese aragonés, vendedor fraudulento del retablo de San Pedro el Viejo (Huesca), pone el grito en las estrellas la Prensa liberal; se calla como muerta la reaccionaria, si no es que defiende el atentado; hacen como que hacen algo los elementos (destruyentes) oficiales, y luego... no sucede absolutamente nada.

Nada, como siempre que se intenta curar un mal muy hondo con paliativos y cataplasmas. Ahora mismo, el ministro de Instrucción Pública, sabedor de que el camarilero adquirente del retablo vive en Madrid, ha iniciado gestiones cerca de él para... para lo que se consigue por medio del juez de guardia y metiendo en el cárcel al que a sabiendas compró lo que no era propiedad disponible del vendedor, (léase culpable de un delito), y allá se las arregle este señor presidible y el que le dio el dinero, que eso al verdadero propietario, al Estado, no le importa.

¿No es así como se procede cuando parece un objeto robado? El que lo perdió no tiene que tratar con el comprador; lo esencial es que recobre lo suyo; luego, la Justicia verá lo que hace con el ladrón y con los que adquirieron su presa de buena fe o de mala fe.

Al presente, en España no se puede dar, no se concibe, no es admisible jurídicamente, el caso de un comprador de buena fe, tratándose de antigüedades y objetos valiosos de procedencia eclesiástica, sobre todo, si el adquirente o corredor es español.

Mas cabe presumir buena fe, aunque errónea, en los curas, monjes o frailes vendedores, y aun así, la Justicia sólo como atenuante puede tener en cuenta ese error a duras penas.

Por supuesto, que el cura ese escapará impune; los cuartos no parecerán, y probablemente el Estado, es decir, el bolsillo del inocentísimo contribuyente, pagará los vidrios rotos en casa del cura ó en la del camarilero.

¿Hay algo más depresivo é ignominioso? No acusa en el Estado un criterio cobarde y profundamente inmoral? El Estado se fia de la Iglesia, que no se fia de él, ni le es leal, aunque lo ve sumiso. He ahí la llaga.

Y a los pocos días otro caso, y otro, aunque resulte sangriento como el de Ose, y otro, y así siempre, por no tener valor aquí el que debiera tenerlo para atacar el mal en su raíz, ni siguiera para estudiarlo.

Es una dolencia compleja digna de madura reflexión, porque una vez bien diagnosticada, se vería que su remedio estaba en manos del cirujano más que en la del médico.

En primer lugar, como una de las causas determinantes hay que señalar el criterio eclesiástico, según el cual, todo lo que la Iglesia usa, absolutamente le pertenece con facultad de enajenarlo o destruirlo si le place.

No se cree depositaria de nada, sino señora con la circunstancia de haber sido robada y vivir aún detenida por el Estado, lo que la faculta, a juicio suyo, para compensarse cuando encuentre ocasión, aunque sea con bienes de su detentador, y por medios legales. «No hay leyes—dice la Iglesia—contra mi derecho de posesión, que es de los que jamás prescriben.»

Esta causa primera es la general, acompañada de concausas, entre las cuales ocupa lugar preferente la ignorancia del clero, que no estima las antigüedades, antes bien le estorban; que se cae de entusiasmo ante las baratijas de la Casa Garín (casillas) y demás pingajos dorados; que de las fábricas metalúrgicas de San Juan de Alcaráz y de Meneses, cuyos brillantes oropeles de dudoso gusto artístico, lámparas, candelabros, cristales, etc., atraen a los curas como los vidrios de colores al salvaje, y saben ellos que también convienen a la masa estúpida de sus creyentes.

Esas vestidas de pastallora, con cara de imbécil, estigmas de ropajes de colores bajos y corleadas sin freno ni buen sentido, que vienen de Bélgica ó de Barcelona, y aquí expenden los Palomeque y otros mul-

chios negociantes, han sido causa de que los párrocos y Comunidades vendan esculturas antiguas debidas a artistas insignes.

Pero esa imagería clásica y noble no interesa al público devoto, que se postea extasiado ante los mamarrachos fabricados con molde como los cantos de barro (pero mil veces peores que los Barros codiciosos antiguos de Murcia y de Ganda por ejemplo) y admira las figuras de Font, el escultor madrileño jesuita, cuyos santos tienen todos la misma cara de tanto malo y los vestidos sombreados como si no bastaran sus pliegues para producir ese efecto.

Por un terno de seda mezclada con pita y oro falso han dado muchas Comunidades de monjas riquísimos tapices ó casallas bordadas del siglo XVII, de un valor inmenso, aunque deterioradas.

¿Cuántas gangas de esas adquirió por cuatro cuartos el marqués difunto de Cubas! ¿Cuánto bueno dejó vender Sanchal! Además de la ignorancia, la avaricia.

Nuestro clero es avaro y tacaño. Tiene que serlo porque está mal pagado y lo educó el Seminario en la tacañería más sordida. Pero aunque el sacerdote llegue a un puesto que mucho le produzca, no se cura de la avaricia; al contrario, se le aumenta, porque su posición depende del capricho de un obispo, que puede dejarlo cuando quiera en la calle y sin honra para toda su vida.

Otra causa viene del Papa, que da permiso para esas ventas, que asa vivios a los obispos a fuerza de exigirles dinero, que ellos, a su vez, le sacan a los curas. Estos, por su parte, saben que para ascender hay que enviar fondos a Roma y también a ciertas entidades político-eclesiales de Madrid. Así se obtiene todo: ascensos, privilegios, respetos é impunidad; ¿si? pues echemos mano de todo lo que valga dinero.

Por otro lado, los obispos, dejando que haya párrocos ó ecónomos que apenas saquen de sus cargos lo suficiente para mal comer sin ahorrar un céntimo y siempre con la cuchilla de la suspensión sobre sus cabezas, ocasionan muchos casos de ven-

ta de preciosidades antiguas arrinconadas y olvidadas en las iglesias; ya dirá luego el Papa que es lo contrario.

La política nea es otra causa. El obispo de Jaca vendería, no digo antigüedades, sino la misma Catedral, el copón santo, para reunir dinero con que fundar el ansiado rotativo católico.

Esta insana manía que él y el achaparrado padre Dueso andan propagando, principalmente entre el clero, hace muchos estragos y extravia bastantes cabezas.

El cura carlista fanático en nada repara con tal de contribuir a la confusa armada que le pide dinero para la causa y ahora para la restauración del trono en Portugal. Hay en Madrid una Junta central de altas damas, encargadas de reunir dinero, salga de donde quiera y como quiera con ese frío, y a los curas se dirigen a veces con amenazas...

Basta con los motivos expuestos, no ciertamente los únicos. Entre todos producen un mal que ningún Gobierno de la Restauración borbónica—católica puede pretender ni intentar destruir.

Aquí no hay verdadera Comisión de Monumentos ni verdadera inspección; no está catalogada nuestra riqueza arqueológica eclesiástica; nadie la vigila ni de ella se cuida; el obispo, el Cabildo catedral, la comunidad y el párroco de primera clase ó de tercera, si el obispo lo apoya, son intangibles.

Esos señores pueden, si quieren, producir conflictos de orden público, excitando a los fanáticos y y derribar al ministro que les estorbe, porque saben que el criterio de la Iglesia, señora absoluta y no depositaria de lo que usa, prevalece muy arriba la impunidad, por lo tanto, está asegurada.

Útiles son los lamentos: de esa enorme riqueza artística, gloria nuestra inestimable, nos quedará lo que la Iglesia no quiera vender, destruir ó tirar a la calle. Siga el saqueo.

J. F.

## Una boda

En la capilla reservada de la parroquia de San Ildefonso ha contraído hoy matrimonio la distinguida señorita Amparo Jiménez, hija de nuestro particular y querido amigo D. José Jiménez Serrano, con D. José del Pino Jiménez.

Les deseamos muchas felicidades.

## Aviso

Rogamos a nuestros estimables suscriptores y correspondientes cuyos abonos terminaron a fin de mes que efectúen la renovación antes del día 10 del mes corriente a fin de evitarles la interrupción en el envío de EL RADICAL.

Para evitar extravíos y reclamaciones será conveniente certificar las cartas que contengan sellos ó billetes de Banco.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

En el barrio de San Ildefonso, a 10 de Noviembre de 1911.

A partir de este momento, se cometieron una serie de ilegalidades amparadas por las autoridades, obligadas a evitarlas, de las que no hay ejemplo en esta ciudad.

Se recogieron las papeletas del suelo, se introdujeron en otra urna, se hizo el recuento, resultando mayor número de papeletas que de votantes.

Ordena el gobernador civil a las cuatro y media hacer el escrutinio, y ante la actitud poco pacífica del pueblo, no se realiza; se cierra la Sección, y después de mil caballos, en los que intervinieron personas extrañas a la Mesa, se hizo el escrutinio a las nueve de la noche, habiendo abandonado el local nuestros interventores al ocurrir los sucesos.

Los comentarios que hace la población en general no son nada favorables para el Ponce que Canalejas nos ha destinado a los palatinos y las demás personalidades servidoras del cacique.

Hemos formulado tres protestas correspondientes ante la Junta municipal del Censo, y ahora la Comisión provincial es la llamada a resolver, estando el pueblo arma al brazo y desconfiado por contar en esta mayoría el cacique.

Al burlarse así de la voluntad de un pueblo tan noble como este, no saben estos desastrosos caciques que siembran odios que pudieran dar frutos funestos el día menos pensado, declinando nosotros por este falsamiento de la ley toda responsabilidad en los conculcados de la misma.

No obstante tantas arbitrariedades, todo el mundo reconoce que nuestro correligionario alcanzó un triunfo grandísimo y que le pertenece de derecho el acta que se le quiere arrebatar por los procedimientos que a grandes rasgos he expuesto.

Estamos también indignados por los procedimientos puestos en práctica para derrotar a los radicales madrileños, y mucho más por ser empleados por los que se titulan socialistas y republicanos.

En fin, ánimo para luchar, y ahora es cuando procede el

¡Are mes que may!

Vicente Arangüena.

Palencia, 17 de Noviembre de 1911.

## HOMENAJE A JOVELLANOS

El lunes, 27, con motivo de ser la fecha del centenario de la muerte de Jovellanos, se celebrará en el teatro Real una solemne fiesta literaria dedicada a honrar la memoria del ilustre patrio.

La Comisión organizadora de tan justo homenaje ha creído que no podía pasarse inadvertida esta fecha para los buenos patriotas, pues el nombre de Jovellanos es legítimo orgullo de la historia de nuestros grandes hombres.

Así, pues, de acuerdo con el ministro de Instrucción Pública y otros valiosos elementos, se ha organizado el interesante programa que sigue:

Primera parte.

1.º Cantos asturianos, del maestro Villa, por la orquesta de este teatro y dirigida por su autor.

2.º Acto segundo de la celebrada comedia, nueva, original de los Sres. D. Ricardo J. Caramiña y D. Pedro Mata, titulada *La sombra*, desempeñada por las señoras Cobeña, Martín Gómez, Rodríguez y Cañete, y los Sres. Soto, Aguado, Isbert y Ortega.

Se advierte al público que los actores del Coliseo Imperial representarán este aplaudido acto de su repertorio por no haber tenido tiempo posible, a causa de su mucho trabajo, de ensayar algo que se relacionara directamente con el espíritu de la fiesta y porque quieren, sin embargo, adherirse al homenaje.

Segunda parte.

1.º Sinfonía, por la orquesta.

2.º Epigramas, de Jovellanos, recitados por el notable actor D. José Santiago.

3.º A la muerte del gran Xovino, poesía en verso de D. Pedro Mata, titulada *La sombra*, desempeñada por las señoras Cobeña, Martín Gómez, Rodríguez y Cañete, y los Sres. Soto, Aguado, Isbert y Ortega.

4.º Jovellanos, poeta, disertación por el ilustre orador, catedrático de Literatura y diputado a Cortes D. Mario Méndez Bejarano.

5.º Lectura de trabajos literarios alusivos al acto, por los más notables escritores.

6.º La *Cartuja del Pájar*, hermosa poesía del inmortal Jovellanos, por el eminente actor D. Enrique Piquer.

7.º Cantata a Jovellanos (estreno), escrita por el insigne compositor D. Tomás Bretón, é interpretada por la orquesta y coros del teatro Real, con solo de tiple y tenor, y dirigida por su autor.

La función dará comienzo a las nueve menos cuarto de la noche, y los precios se anunciarán en los carteles.

La función dará comienzo a las nueve menos cuarto de la noche, y los precios se anunciarán en los carteles.

La función dará comienzo a las nueve menos cuarto de la noche, y los precios se anunciarán en los carteles.

La función dará comienzo a las nueve menos cuarto de la noche, y los precios se anunciarán en los carteles.

La función dará comienzo a las nueve menos cuarto de la noche, y los precios se anunciarán en los carteles.

La función dará comienzo a las nueve menos cuarto de la noche, y los precios se anunciarán en los carteles.

La función dará comienzo a las nueve menos cuarto de la noche, y los precios se anunciarán en los carteles.

La función dará comienzo a las nueve menos cuarto de la noche, y los precios se anunciarán en los carteles.

La función dará comienzo a las nueve menos cuarto de la noche, y los precios se anunciarán en los carteles.

La función dará comienzo a las nueve menos cuarto de la noche, y los precios se anunciarán en los carteles.

La función dará comienzo a las nueve menos cuarto de la noche, y los precios se anunciarán en los carteles.

La función dará comienzo a las nueve menos cuarto de la noche, y los precios se anunciarán en los carteles.

La función dará comienzo a las nueve menos cuarto de la noche, y los precios se anunciarán en los carteles.

La función dará comienzo a las nueve menos cuarto de la noche, y los precios se anunciarán en los carteles.

La función dará comienzo a las nueve menos cuarto de la noche, y los precios se anunciarán en los carteles.

La función dará comienzo a las nueve menos cuarto de la noche, y los precios se anunciarán en los carteles.

La función dará comienzo a las nueve menos cuarto de la noche, y los precios se anunciarán en los carteles.

La función dará comienzo a las nueve menos cuarto de la noche, y los precios se anunciarán en los carteles.

La función dará comienzo a las nueve menos cuarto de la noche, y los precios se anunciarán en los carteles.

La función dará comienzo a las nueve menos cuarto de la noche, y los precios se anunciarán en los carteles.

La función dará comienzo a las nueve menos cuarto de la noche, y los precios se anunciarán en los carteles.

La función dará comienzo a las nueve menos cuarto de la noche, y los precios se anunciarán en los carteles.

La función dará comienzo a las nueve menos cuarto de la noche, y los precios se anunciarán en los carteles.

# Los protestantes en España

## ¡Siempre inútiles!

Ya tenemos ahí a los protestantes!—se decía en 1869 con cierta satisfacción de la libertad liberal—. ¡Efecto saludable de la libertad de cultos! Ahora veremos lo bueno.

Se discutió mucho sobre las consecuencias del protestantismo recién llegado. Unos auguraban que obligaría al clero católico a modificar sus arcaicos y groseros procedimientos, a instruirse, que andaba bien atrasado, no tanto como ahora, y a mostrarse menos egoísta. Otros predijeron grandes contiendas religiosas de seguro provecho para la libertad.

Los neos, como siempre, amenazaban echando espuma, y hubo unos pocos *sesudos* que escucharon: «El protestantismo fracasará aquí seguramente. No eran menos los que así hablaban y yo, entonces, un niño que se iniciaba en la Filosofía, no pude imaginar que eran los que estaban en lo firme; ¡y tanto!

Pero tardé poco en sospecharlo. Una noche, en compañía de dos discípulos, visité la capilla que había en la calle de Amaniel, junto al hospital de mujeres incurables, en un cuarto principal.

Aquello era desastroso. Una sala con bancos, la plataforma con su mesa en el centro, y detrás un señor, rubio, el conde de Orense, que en un castellano detestable y leyendo lastimosamente explicaba textos del Evangelio a un público de verduleras y gente muy pobre, algo inquieta: abundaban los chiquillos.

Cuando el extranjero aquel acababa su explicación abrió un cuaderno, designaba el número de un himno en castellano, lo recitaba, lo cantaba y en seguida lo repetían con él los asistentes, a coro, en una música de escuela de párvulos, ó peor.

No olvidaré el acento ridículo y pedantesco con que aquel señor, vestido con gabán largo, recitaba el estribillo del himno más estúpido que puede componer un poeta para criadas de servir:

Tú me amas. ¡Oh, qué bien!  
Te ago yo a ti también...

Y así toda la composición. Quedé mal impresionado.

Por curiosidad, volvímos otra noche. Venía con nosotros un mozo, estudiante de Teología. Le llevaba el deseo de ver cómo explicaban el dogma protestante y cuál era éste, porque hay varios y para todos los gustos.

Ocupaba la mesa, no el extranjero rubio, que andaba por allí zascandoleando, sino un español vestido de americana, hombre rudo, de oficio zapatero y recién hecho diácono.

En el barrio era muy conocido. Hablaba en tono apocalíptico, manoteaba, miraba con ojos centelleantes como los de un Oseas ó un Habacuc a la desastrosa concurrencia, y hubo de fijarse en nosotros cuando por fin, en su duda, le chocó nuestra presencia, aunque compuesta y respetuosa, en su claro.

«Buen trabajo que nos costaba contener la risa, porque en toda nuestra vida habíamos oído sarta más grande de desahos y de barbaridades; ¿qué había de producir la ignorancia de aquel pobre menestral? Lo que hizo menos mal fue cantar con voz estentórea y agardentosa. Si Dios no le llamaba para pastor evangélico, para sochantre de catedral católica no hubiera tenido rival. El discurso de despedida lo hizo el extranjero.

«Esto no va a ninguna parte—nos dijo al salir el compañero teólogo—; esto no es protestantismo ni nada. ¿Por quién nos han tomado en Inglaterra, en Alemania ó donde sea? Así no se hacen aquí prosélitos, sin pagándolos bien.

Tenía razón; pero yo, aún no convencido, visité después otras dos capillitas, en las que sucedía, poco más o menos, lo mismo. Sólo en la de la calle de la Madraza, que vi más adelante, local donde hoy está *El País* y había funcionado un teatro de mala muerte, iban las cosas menos mal. Había un orador notable, el Sr. Carrasco; se cantaba medianamente, se recitaba el Credo y el símbolo de San Atanasio; la concurrencia era ya distinta: casi media pobre, adecuada en su mayoría.

Con todo aquello resultaba frío para meditaciones que han nacido católicas, digamos así, porque nadie nace más que ser humano... y gracias. Faltaban atractivos del santismo, rituales, clero, aparato, luz, un buen órgano, alicientes para la vista, y sobra sermón; la oratoria casi llegaba al culto.

Por entonces, ya me había yo enterado de la táctica de los protestantes: no podía ser más primitiva é inocente, ni más dispareja.

Así como San Benito de Nursia, al enviar a sus discípulos para que fundaran monasterios acá y allá, no les daba más que una pesa para el pan y una medida para el vino, por creer que en la frugalidad consistía casi exclusivamente el estado monástico, así los pastores que nos enseñaron les dieron no más que una Biblia en castellano—la de Cipriano Valera—, como ellos hubieran dado las copias de Calvino.

Creían que con repartir Biblias ó partes de ellas, como los Evangelios, iban a conseguir todo aquí. ¡Error fatal! Y gracias, no a los pastores extranjeros aquellos cambiaban de opinión, que no cambiaron los muy tozudos, sino a que por entonces la Escuela Pia estaba en crisis y en el clero secular todo andaba turbado á consecuencia de la Revolución, y algunos escocidos, ya presbiteros, más tal cual sacerdote secular, se pasaron al protestantismo, que les prometía el oro y el moro, aunque luego, ni cobraron.

El ingreso en la Reforma de los escolares Tornos y Cabrera, que tenían mucha fama de buenos predicadores (inmerecida la del primero), causó gran escándalo en toda España y produjo hondo revuelo entre los católicos, no sin algún prestigio para los protestantes.

Prestigio y utilidad, puesto que aun cuando ninguno de los clérigos y frailes católicos que dejaron la Iglesia por la Reforma eran hombre de gran talla, por lo menos habían estudiado todas las Humanidades, Filosofía y Teología regularmente, y estaban acostumbrados á una disciplina mala ó buena, pero seria y á tratar con masas de creyentes. Sin ellos, el protestantismo

habría fracasado en los primeros cinco ó seis años.

Y no podían hacer todo lo que hubieran deseado. Los extranjeros, que los miraban de reojo, les imponían sus rutinas y prejuicios, aquí completamente ineficaces á la vez; exóticos; se aterraban á su sistema inglés ó alemán; creían que lo que allí, en sus tierras, producía efecto sobre la multitud, aquí también iba á dar fruto, y en todo veían, meticolosos y tímidos, reminiscencias católicas reprochables.

No eran capaces, ni ellos ni los que los habían enviado, de comprender la fuerza de las formas, sobre todo en países meridionales, y el valor del gran recurso: dar un género nuevo con etiqueta del antiguo acreditado en la comarca. Olvidaban que Inglaterra no habría sido protestante jamás si primero no pasara por la Iglesia católica nacional antipapista, que preparó admirablemente el camino para la Reforma de Lutero.

No veían nada, no se enteraban, no apreciaban nuestro carácter, costumbres, tradiciones, gustos, sentimientos dominantes sobre la racionalidad, y no creían, por una parte, más ignorantes de lo que somos, y por otra, capaces de dejar nuestra religión materna sólo porque nos probaran que no estaba conforme con el Evangelio, con la Biblia, que aquí no significaba nada absolutamente en el terreno religioso.

Otro error suyo fué meterse con la Virgen, en vez de haberla utilizado. ¿En qué les estorbaba? Prejuicios de secta.

Finalmente, no supieron ni aprovechar la desunión y la falta de preparación del clero para habérsela con una religión nueva hostil, y por su parte, al verlos tan torpes, quedó tranquilo en su rutina. No eran temibles los protestantes. ¡Cal, á despreciarlos!

Y así pelearon, así los vemos hoy siempre vencidos.

José Ferrándiz.

## LA NOCHE

### DIARIO ILUSTRADO

Redacción y Administración: CARMEN 33 Madrid  
Información gráfica de todo el mundo.  
Servicio telegráfico y telefónico especial. Colaboración de los primeros escritores. Cuentos españoles originales e inéditos.  
12 páginas diarias 5 céntimos.

LA NOCHE  
comenzará a publicarse  
el día 20

## MANIFIESTO á las clases trabajadoras

La Junta Directiva de la Sociedad de Agricultores de Jerez de la Frontera nos ruega la publicación del siguiente manifiesto:

«COMPANEROS:

En nuestro puesto de honor y como deber de conciencia, venimos á manifestar á todos nuestros hermanos de infortunio que la Sociedad de Agricultores de Jerez, basada en los principios del sindicalismo moderno, tan pronto fué constituida, tendió á desarrollar sus facultades orgánicas por toda la región andaluza, en evitación á tantas vicisitudes como venía padeciendo, puesto que el capital, en su modo de ser, según la organización presente, puede llamarse más bien enemigo que amigo del factor trabajo.

Esta entidad, viendo el papel que tiene que representar en las convulsiones sociales, tuvo á bien presentar su bandera en la recepción de 1911, alcanzando del imperio patrimonial andaluz la manutención, pasando á la administración de los mismos obreros, que siempre estuvo acaparada por los potentados de la tierra, y á más recabando algunas ventajas en los sueldos.

Siempre que nosotros, teniendo en cuenta aquellas palabras que supo decir un gran filósofo: «Toda ventaja que conquiste el proletariado por insignificante que ésta sea, va encaminada á la transformación social», nosotros, inspirados siempre en las reformas que se hacen precisas en nuestra región agrícola, no cesamos un momento de estudiar por ver si por mediación de nuestra unión y la de nuestros compañeros podemos recabar algo de lo mucho que nos corresponde, como bien lo dice el gran Costa en su magistral *Colectivismo agrícola*, de que la tierra es de todos, y á mayor abundamiento de aquellos que la trabajan.

Y á medida que la educación cultural vaya penetrando en las conciencias rurales, aquella afirmación que prácticamente se aplicaba en tiempos denominados semiservidumbre para escarnio de los tiempos progresivos que corren, conquistará mayor número de adeptos y ganará cada día mayor número de almas.

Nosotros, luchadores por nuestro mejoramiento social, fuimos á la lucha en Octubre para ver si éramos atendidos en nuestras justas peticiones.

Esta Sociedad supo poner en movimiento á toda la comarca agrícola, basándose en el principio de que «La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos».

En estas frases están condensadas las aspiraciones de todos los que pertenecen al problema agrario andaluz: todos han triunfado, tanto en lo moral como en lo material, á excepción de Jerez, que, debido á su soberbia patrimonial, no han querido reconocer nuestro derecho social, extendiendo su radio de oposición á otras comarcas en busca de obreros que vinieran á substituir á estos que enarbolaban la bandera del trabajo para emanciparla de la antigua esclavitud.

Por desgracia, encontraron comarca donde no había penetrado el sol de la inteligencia, donde fueron encontrados obreros para substituir á los huelguistas agrícolas de Jerez: en la serranía de Málaga.

Esta Sociedad, habiendo tocado á los resultados de no poder desenvolverse libremente por los obstáculos ya mencionados, recurre á todas las clases sociales que puedan ayudarla á organizar el cuerpo agrícola de esta región para poder hacer las reformas que se hacen precisas en nuestro campo, y si esto puede conseguirse una vez, el cuerpo constituido debe celebrar un Congreso, de donde podrán salir acuerdos trascendentales que beneficien el problema agrario, porque diremos todos unidos con aquel gran pensador: «La emancipación de la humanidad ha de empezar á hacerla el campesino».

Jerez, 13 de Noviembre de 1911.—Por la Directiva: El presidente, Juan Moreno.—El secretario, Francisco Mancilla».

«buen trabajo que nos costaba contener la risa, porque en toda nuestra vida habíamos oído sarta más grande de desahos y de barbaridades; ¿qué había de producir la ignorancia de aquel pobre menestral? Lo que hizo menos mal fue cantar con voz estentórea y agardentosa. Si Dios no le llamaba para pastor evangélico, para sochantre de catedral católica no hubiera tenido rival. El discurso de despedida lo hizo el extranjero.

«Esto no va a ninguna parte—nos dijo al salir el compañero teólogo—; esto no es protestantismo ni nada. ¿Por quién nos han tomado en Inglaterra, en Alemania ó donde sea? Así no se hacen aquí prosélitos, sin pagándolos bien.

Tenía razón; pero yo, aún no convencido, visité después otras dos capillitas, en las que sucedía, poco más o menos, lo mismo. Sólo en la de la calle de la Madraza, que vi más adelante, local donde hoy está *El País* y había funcionado un teatro de mala muerte, iban las cosas menos mal. Había un orador notable, el Sr. Carrasco; se cantaba medianamente, se recitaba el Credo y el símbolo de San Atanasio; la concurrencia era ya distinta: casi media pobre, adecuada en su mayoría.

Con todo aquello resultaba frío para meditaciones que han nacido católicas, digamos así, porque nadie nace más que ser humano... y gracias. Faltaban atractivos del santismo, rituales, clero, aparato, luz, un buen órgano, alicientes para la vista, y sobra sermón; la oratoria casi llegaba al culto.

Por entonces, ya me había yo enterado de la táctica de los protestantes: no podía ser más primitiva é inocente, ni más dispareja.

Así como San Benito de Nursia, al enviar a sus discípulos para que fundaran monasterios acá y allá, no les daba más que una pesa para el pan y una medida para el vino, por creer que en la frugalidad consistía casi exclusivamente el estado monástico, así los pastores que nos enseñaron les dieron no más que una Biblia en castellano—la de Cipriano Valera—, como ellos hubieran dado las copias de Calvino.

Creían que con repartir Biblias ó partes de ellas, como los Evangelios, iban a conseguir todo aquí. ¡Error fatal! Y gracias, no a los pastores extranjeros aquellos cambiaban de opinión, que no cambiaron los muy tozudos, sino a que por entonces la Escuela Pia estaba en crisis y en el clero secular todo andaba turbado á consecuencia de la Revolución, y algunos escocidos, ya presbiteros, más tal cual sacerdote secular, se pasaron al protestantismo, que les prometía el oro y el moro, aunque luego, ni cobraron.

El ingreso en la Reforma de los escolares Tornos y Cabrera, que tenían mucha fama de buenos predicadores (inmerecida la del primero), causó gran escándalo en toda España y produjo hondo revuelo entre los católicos, no sin algún prestigio para los protestantes.

Prestigio y utilidad, puesto que aun cuando ninguno de los clérigos y frailes católicos que dejaron la Iglesia por la Reforma eran hombre de gran talla, por lo menos habían estudiado todas las Humanidades, Filosofía y Teología regularmente, y estaban acostumbrados á una disciplina mala ó buena, pero seria y á tratar con masas de creyentes. Sin ellos, el protestantismo

«buen trabajo que nos costaba contener la risa, porque en toda nuestra vida habíamos oído sarta más grande de desahos y de barbaridades; ¿qué había de producir la ignorancia de aquel pobre menestral? Lo que hizo menos mal fue cantar con voz estentórea y agardentosa. Si Dios no le llamaba para pastor evangélico, para sochantre de catedral católica no hubiera tenido rival. El discurso de despedida lo hizo el extranjero.

«Esto no va a ninguna parte—nos dijo al salir el compañero teólogo—; esto no es protestantismo ni nada. ¿Por quién nos han tomado en Inglaterra, en Alemania ó donde sea? Así no se hacen aquí prosélitos, sin pagándolos bien.

Tenía razón; pero yo, aún no convencido, visité después otras dos capillitas, en las que sucedía, poco más o menos, lo mismo. Sólo en la de la calle de la Madraza, que vi más adelante, local donde hoy está *El País* y había funcionado un teatro de mala muerte, iban las cosas menos mal. Había un orador notable, el Sr. Carrasco; se cantaba medianamente, se recitaba el Credo y el símbolo de San Atanasio; la concurrencia era ya distinta: casi media pobre, adecuada en su mayoría.

Con todo aquello resultaba frío para meditaciones que han nacido católicas, digamos así, porque nadie nace más que ser humano... y gracias. Faltaban atractivos del santismo, rituales, clero, aparato, luz, un buen órgano, alicientes para la vista, y sobra sermón; la oratoria casi llegaba al culto.

Por entonces, ya me había yo enterado de la táctica de los protestantes: no podía ser más primitiva é inocente, ni más dispareja.

Así como San Benito de Nursia, al enviar a sus discípulos para que fundaran monasterios acá y allá, no les daba más que una pesa para el pan y una medida para el vino, por creer que en la frugalidad consistía casi exclusivamente el estado monástico, así los pastores que nos enseñaron les dieron no más que una Biblia en castellano—la de Cipriano Valera—, como ellos hubieran dado las copias de Calvino.

Creían que con repartir Biblias ó partes de ellas, como los Evangelios, iban a conseguir todo aquí. ¡Error fatal! Y gracias, no a los pastores extranjeros aquellos cambiaban de opinión, que no cambiaron los muy tozudos, sino a que por entonces la Escuela Pia estaba en crisis y en el clero secular todo andaba turbado á consecuencia de la Revolución, y algunos escocidos, ya presbiteros, más tal cual sacerdote secular, se pasaron al protestantismo, que les prometía el oro y el moro, aunque luego, ni cobraron.

El ingreso en la Reforma de los escolares Tornos y Cabrera, que tenían mucha fama de buenos predicadores (inmerecida la del primero), causó gran escándalo en toda España y produjo hondo revuelo entre los católicos, no sin algún prestigio para los protestantes.

Prestigio y utilidad, puesto que aun cuando ninguno de los clérigos y frailes católicos que dejaron la Iglesia por la Reforma eran hombre de gran talla, por lo menos habían estudiado todas las Humanidades, Filosofía y Teología regularmente, y estaban acostumbrados á una disciplina mala ó buena, pero seria y á tratar con masas de creyentes. Sin ellos, el protestantismo

«buen trabajo que nos costaba contener la risa, porque en toda nuestra vida habíamos oído sarta más grande de desahos y de barbaridades; ¿qué había de producir la ignorancia de aquel pobre menestral? Lo que hizo menos mal fue cantar con voz estentórea y agardentosa. Si Dios no le llamaba para pastor evangélico, para sochantre de catedral católica no hubiera tenido rival. El discurso de despedida lo hizo el extranjero.

«Esto no va a ninguna parte—nos dijo al salir el compañero teólogo—; esto no es protestantismo ni nada. ¿Por quién nos han tomado en Inglaterra, en Alemania ó donde sea? Así no se hacen aquí prosélitos, sin pagándolos bien.

Tenía razón; pero yo, aún no convencido, visité después otras dos capillitas, en las que sucedía, poco más o menos, lo mismo. Sólo en la de la calle de la Madraza, que vi más adelante, local donde hoy está *El País* y había funcionado un teatro de mala muerte, iban las cosas menos mal. Había un orador notable, el Sr. Carrasco; se cantaba medianamente, se recitaba el Credo y el símbolo de San Atanasio; la concurrencia era ya distinta: casi media pobre, adecuada en su mayoría.

Con todo aquello resultaba frío para meditaciones que han nacido católicas, digamos así, porque nadie nace más que ser humano... y gracias. Faltaban atractivos del santismo, rituales, clero, aparato, luz, un buen órgano, alicientes para la vista, y sobra sermón; la oratoria casi llegaba al culto.

Por entonces, ya me había yo enterado de la táctica de los protestantes: no podía ser más primitiva é inocente, ni más dispareja.

Así como San Benito de Nursia, al enviar a sus discípulos para que fundaran monasterios acá y allá, no les daba más que una pesa para el pan y una medida para el vino, por creer que en la frugalidad consistía casi exclusivamente el estado monástico, así los pastores que nos enseñaron les dieron no más que una Biblia en castellano—la de Cipriano Valera—, como ellos hubieran dado las copias de Calvino.

Creían que con repartir Biblias ó partes de ellas, como los Evangelios, iban a conseguir todo aquí. ¡Error fatal! Y gracias, no a los pastores extranjeros aquellos cambiaban de opinión, que no cambiaron los muy tozudos, sino a que por entonces la Escuela Pia estaba en crisis y en el clero secular todo andaba turbado á consecuencia de la Revolución, y algunos escocidos, ya presbiteros, más tal cual sacerdote secular, se pasaron al protestantismo, que les prometía el oro y el moro, aunque luego, ni cobraron.

El ingreso en la Reforma de los escolares Tornos y Cabrera, que tenían mucha fama de buenos predicadores (inmerecida la del primero), causó gran escándalo en toda España y produjo hondo revuelo entre los católicos, no sin algún prestigio para los protestantes.

Prestigio y utilidad, puesto que aun cuando ninguno de los clérigos y frailes católicos que dejaron la Iglesia por la Reforma eran hombre de gran talla, por lo menos habían estudiado todas las Humanidades, Filosofía y Teología regularmente, y estaban acostumbrados á una disciplina mala ó buena, pero seria y á tratar con masas de creyentes. Sin ellos, el protestantismo

«buen trabajo que nos costaba contener la risa, porque en toda nuestra vida habíamos oído sarta más grande de desahos y de barbaridades; ¿qué había de producir la ignorancia de aquel pobre menestral? Lo que hizo menos mal fue cantar con voz estentórea y agardentosa. Si Dios no le llamaba para pastor evangélico, para sochantre de catedral católica no hubiera tenido rival. El discurso de despedida lo hizo el extranjero.

«Esto no va a ninguna parte—nos dijo al salir el compañero teólogo—; esto no es protestantismo ni nada. ¿Por quién nos han tomado en Inglaterra, en Alemania ó donde sea? Así no se hacen aquí prosélitos, sin pagándolos bien.

Tenía razón; pero yo, aún no convencido, visité después otras dos capillitas, en las que sucedía, poco más o menos, lo mismo. Sólo en la de la calle de la Madraza, que vi más adelante, local donde hoy está *El País* y había funcionado un teatro de mala muerte, iban las cosas menos mal. Había un orador notable, el Sr. Carrasco; se cantaba medianamente, se recitaba el Credo y el símbolo de San Atanasio; la concurrencia era ya distinta: casi media pobre, adecuada en su mayoría.

Con todo aquello resultaba frío para meditaciones que han nacido católicas, digamos así, porque nadie nace más que ser humano... y gracias. Faltaban atractivos del santismo, rituales, clero, aparato, luz, un buen órgano, alicientes para la vista, y sobra sermón; la oratoria casi llegaba al culto.

Por entonces, ya me había yo enterado de la táctica de los protestantes: no podía ser más primitiva é inocente, ni más dispareja.

Así como San Benito de Nursia, al enviar a sus discípulos para que fundaran monasterios acá y allá, no les daba más que una pesa para el pan y una medida para el vino, por creer que en la frugalidad consistía casi exclusivamente el estado monástico, así los pastores que nos enseñaron les dieron no más que una Biblia en castellano—la de Cipriano Valera—, como ellos hubieran dado las copias de Calvino.

Creían que con repartir Biblias ó partes de ellas, como los Evangelios, iban a conseguir todo aquí. ¡Error fatal! Y gracias, no a los pastores extranjeros aquellos cambiaban de opinión, que no cambiaron los muy tozudos, sino a que por entonces la Escuela Pia estaba en crisis y en el clero secular todo andaba turbado á consecuencia de la Revolución, y algunos escocidos, ya presbiteros, más tal cual sacerdote secular, se pasaron al protestantismo, que les prometía el oro y el moro, aunque luego, ni cobraron.

El ingreso en la Reforma de los escolares Tornos y Cabrera, que tenían mucha fama de buenos predicadores (inmerecida la del primero), causó gran escándalo en toda España y produjo hondo revuelo entre los católicos, no sin algún prestigio para los protestantes.

Prestigio y utilidad, puesto que aun cuando ninguno de los clérigos y frailes católicos que dejaron la Iglesia por la Reforma eran hombre de gran talla, por lo menos habían estudiado todas las Humanidades, Filosofía y Teología regularmente, y estaban acostumbrados á una disciplina mala ó buena, pero seria y á tratar con masas de creyentes. Sin ellos, el protestantismo

«buen trabajo que nos costaba contener la risa, porque en toda nuestra vida habíamos oído sarta más grande de desahos y de barbaridades; ¿qué había de producir la ignorancia de aquel pobre menestral? Lo que hizo menos mal fue cantar con voz estentórea y agardentosa. Si Dios no le llamaba para pastor evangélico, para sochantre de catedral católica no hubiera tenido rival. El discurso de despedida lo hizo el extranjero.

«Esto no va a ninguna parte—nos dijo al salir el compañero teólogo—; esto no es protestantismo ni nada. ¿Por quién nos han tomado en Inglaterra, en Alemania ó donde sea? Así no se hacen aquí prosélitos, sin pagándolos bien.

Tenía razón; pero yo, aún no convencido, visité después otras dos capillitas, en las que sucedía, poco más o menos, lo mismo. Sólo en la de la calle de la Madraza, que vi más adelante, local donde hoy está *El País* y había funcionado un teatro de mala muerte, iban las cosas menos mal. Había un orador notable, el Sr. Carrasco; se cantaba medianamente, se recitaba el Credo y el símbolo de San Atanasio; la concurrencia era ya distinta: casi media pobre, adecuada en su mayoría.

Con todo aquello resultaba frío para meditaciones que han nacido católicas, digamos así, porque nadie nace más que ser humano... y gracias. Faltaban atractivos del santismo, rituales, clero, aparato, luz, un buen órgano, alicientes para la vista, y sobra sermón; la oratoria casi llegaba al culto.

Por entonces, ya me había yo enterado de la táctica de los protestantes: no podía ser más primitiva é inocente, ni más dispareja.

Así como San Benito de Nursia, al enviar a sus discípulos para que fundaran monasterios acá y allá, no les daba más que una pesa para el pan y una medida para el vino, por creer que en la frugalidad consistía casi exclusivamente el estado monástico, así los pastores que nos enseñaron les dieron no más que una Biblia en castellano—la de Cipriano Valera—, como ellos hubieran dado las copias de Calvino.

Creían que con repartir Biblias ó partes de ellas, como los Evangelios, iban a conseguir todo aquí. ¡Error fatal! Y gracias, no a los pastores extranjeros aquellos cambiaban de opinión, que no cambiaron los muy tozudos, sino a que por entonces la Escuela Pia estaba en crisis y en el clero secular todo andaba turbado á consecuencia de la Revolución, y algunos escocidos, ya presbiteros, más tal cual sacerdote secular, se pasaron al protestantismo, que les prometía el oro y el moro, aunque luego, ni cobraron.

El ingreso en la Reforma de los escolares Tornos y Cabrera, que tenían mucha fama de buenos predicadores (inmerecida la del primero), causó gran escándalo en toda España y produjo hondo revuelo entre los católicos, no sin algún prestigio para los protestantes.

Prestigio y utilidad, puesto que aun cuando ninguno de los clérigos y frailes católicos que dejaron la Iglesia por la Reforma eran hombre de gran talla, por lo menos habían estudiado todas las Humanidades, Filosofía y Teología regularmente, y estaban acostumbrados á una disciplina mala ó buena, pero seria y á tratar con masas de creyentes. Sin ellos, el protestantismo

«buen trabajo que nos costaba contener la risa, porque en toda nuestra vida habíamos oído sarta más grande de desahos y de barbaridades; ¿qué había de producir la ignorancia de aquel pobre menestral? Lo que hizo menos mal fue cantar con voz estentórea y agardentosa. Si Dios no le llamaba para pastor evangélico, para sochantre de catedral católica no hubiera tenido rival. El discurso de despedida lo hizo el extranjero.

«Esto no va a ninguna parte—nos dijo al salir el compañero teólogo—; esto no es protestantismo ni nada. ¿Por quién nos han tomado en Inglaterra, en Alemania ó donde sea? Así no se hacen aquí prosélitos, sin pagándolos bien.

Tenía razón; pero yo, aún no convencido, visité después otras dos capillitas, en las que sucedía, poco más o menos, lo mismo. Sólo en la de la calle de la Madraza, que vi más adelante, local donde hoy está *El País* y había funcionado un teatro de mala muerte, iban las cosas menos mal. Había un orador notable, el Sr. Carrasco; se cantaba medianamente, se recitaba el Credo y el símbolo de San Atanasio; la concurrencia era ya distinta: casi media pobre, adecuada en su mayoría.

Con todo aquello resultaba frío para meditaciones que han nacido católicas, digamos así, porque nadie nace más que ser humano... y gracias. Faltaban atractivos del santismo, rituales, clero, aparato, luz, un buen órgano, alicientes para la vista, y sobra sermón; la oratoria casi llegaba al culto.

Por entonces, ya me había yo enterado de la táctica de los protestantes: no podía ser más primitiva é inocente, ni más dispareja.

Así como San Benito de Nursia, al enviar a sus discípulos para que fundaran monasterios acá y allá, no les daba más que una pesa para el pan y una medida para el vino, por creer que en la frugalidad consistía casi exclusivamente el estado monástico, así los pastores que nos enseñaron les dieron no más que una Biblia en castellano—la de Cipriano Valera—, como ellos hubieran dado las copias de Calvino.

Creían que con repartir Biblias ó partes de ellas, como los Evangelios, iban a conseguir todo aquí. ¡Error fatal! Y gracias, no a los pastores extranjeros aquellos cambiaban de opinión, que no cambiaron los muy tozudos, sino a que por entonces la Escuela Pia estaba en crisis y en el clero secular todo andaba turbado á consecuencia de la Revolución, y algunos escocidos, ya presbiteros, más tal cual sacerdote secular, se pasaron al protestantismo, que les prometía el oro y el moro, aunque luego, ni cobraron.

El ingreso en la Reforma de los escolares Tornos y Cabrera, que tenían mucha fama de buenos predicadores (inmerecida la del primero), causó gran escándalo en toda España y produjo hondo revuelo entre los católicos, no sin algún prestigio para los protestantes.

Prestigio y utilidad, puesto que aun cuando ninguno de los clérigos y frailes católicos que dejaron la Iglesia por la Reforma eran hombre de gran talla, por lo menos habían estudiado todas las Humanidades, Filosofía y Teología regularmente, y estaban acostumbrados á una disciplina mala ó buena, pero seria y á tratar con masas de creyentes. Sin ellos, el protestantismo

«buen trabajo que nos costaba contener la risa, porque en toda nuestra vida habíamos oído sarta más grande de desahos y de barbaridades; ¿qué había de producir la ignorancia de aquel pobre menestral? Lo que hizo menos mal fue cantar con voz estentórea y agardentosa. Si Dios no le llamaba para pastor evangélico, para sochantre de catedral católica no hubiera tenido rival. El discurso de despedida lo hizo el extranjero.

«Esto no va a ninguna parte—nos dijo al salir el compañero teólogo—; esto no es protestantismo ni nada. ¿Por quién nos han tomado en Inglaterra, en Alemania ó donde sea? Así no se hacen aquí prosélitos, sin pagándolos bien.

Tenía razón; pero yo, aún no convencido, visité después otras dos capillitas, en las que sucedía, poco más o menos, lo mismo. Sólo en la de la calle de la Madraza, que vi más adelante, local donde hoy está *El País* y había funcionado un teatro de mala muerte, iban las cosas menos mal. Había un orador notable, el Sr. Carrasco; se cantaba medianamente, se recitaba el Credo y el símbolo de San Atanasio; la concurrencia era ya distinta: casi media pobre, adecuada en su mayoría.

Con todo aquello resultaba frío para meditaciones que han nacido católicas, digamos así, porque nadie nace más que ser humano... y gracias. Faltaban atractivos del santismo, rituales, clero, aparato, luz, un buen órgano, alicientes para la vista, y sobra sermón; la oratoria casi llegaba al culto.

Por entonces, ya me había yo enterado de la táctica de los protestantes: no podía ser más primitiva é inocente, ni más dispareja.

Así como San Benito de Nursia, al enviar a sus discípulos para que fundaran monasterios acá y allá, no les daba más que una pesa para el pan y una medida para el vino, por creer que en la frugalidad consistía casi exclusivamente el estado monástico, así los pastores que nos enseñaron les dieron no más que una Biblia en castellano—la de Cipriano Valera—, como ellos hubieran dado las copias de Calvino.

Creían que con repartir Biblias ó partes de ellas, como los Evangelios, iban a conseguir todo aquí. ¡Error fatal! Y gracias, no a los pastores extranjeros aquellos cambiaban de opinión, que no cambiaron los muy tozudos, sino a que por entonces la Escuela Pia estaba en crisis y en el clero secular todo andaba turbado á consecuencia de la Revolución, y algunos escocidos, ya presbiteros, más tal cual sacerdote secular, se pasaron al protestantismo, que les prometía el oro y el moro, aunque luego, ni cobraron.

El ingreso en la Reforma de los escolares Tornos y Cabrera, que tenían mucha fama de buenos predicadores (inmerecida la del primero), causó gran escándalo en toda España y produjo hondo revuelo entre los católicos, no sin algún prestigio para los protestantes.

Prestigio y utilidad, puesto que aun cuando ninguno de los clérigos y frailes católicos que dejaron la Iglesia por la Reforma eran hombre de gran talla, por lo menos habían estudiado todas las Humanidades, Filosofía y Teología regularmente, y estaban acostumbrados á una disciplina mala ó buena, pero seria y á tratar con masas de creyentes. Sin ellos, el protestantismo

«buen trabajo que nos costaba contener la risa, porque en toda nuestra vida habíamos oído sarta más grande de desahos y de barbaridades; ¿qué había de producir la ignorancia de aquel pobre menestral? Lo que hizo menos mal fue cantar con voz estentórea y agardentosa. Si Dios no le llamaba para pastor evangélico, para sochantre de catedral católica no hubiera tenido rival. El discurso de despedida lo hizo el extranjero.

«Esto no va a ninguna parte—nos dijo al salir el compañero teólogo—; esto no es protestantismo ni nada. ¿Por quién nos han tomado en Inglaterra, en Alemania ó donde sea? Así no se hacen aquí prosélitos, sin pagándolos bien.

Tenía razón; pero yo, aún no convencido, visité después otras dos capillitas, en las que sucedía, poco más o menos, lo mismo. Sólo en la de la calle de la Madraza, que vi más adelante, local donde hoy está *El País* y había funcionado un teatro de mala muerte, iban las cosas menos mal. Había un orador notable, el Sr. Carrasco; se cantaba medianamente, se recitaba el Credo y el símbolo de San Atanasio; la concurrencia era ya distinta: casi media pobre, adecuada en su mayoría.

Con todo aquello resultaba frío para meditaciones que han nacido católicas, digamos así, porque nadie nace más que ser humano... y gracias. Faltaban atractivos del santismo, rituales, clero, aparato, luz, un buen órgano, alicientes para la vista, y sobra sermón; la oratoria casi llegaba al culto.

Por entonces, ya me había yo enterado de la táctica de los protestantes: no podía ser más primitiva é inocente, ni más dispareja.

Así como San Benito de Nursia, al enviar a sus discípulos para que fundaran monasterios acá y allá, no les daba más que una pesa para el pan y una medida para el vino, por creer que en la frugalidad consistía casi exclusivamente el estado monástico, así los pastores que nos enseñaron les dieron no más que una Biblia en castellano—la de Cipriano Valera—, como ellos hubieran dado las copias de Calvino.

Creían que con repartir Biblias ó partes de ellas, como los Evangelios, iban a conseguir todo aquí. ¡Error fatal! Y gracias, no a los pastores extranjeros aquellos cambiaban de opinión, que no cambiaron los muy tozudos, sino a que por entonces la Escuela Pia estaba en crisis y en el clero secular todo andaba turbado á consecuencia de la Revolución, y algunos escocidos, ya presbiteros, más tal cual sacerdote secular, se pasaron al protestantismo, que les prometía el oro y el moro, aunque luego, ni cobraron.

El ingreso en la Reforma de los escolares Tornos y Cabrera, que tenían mucha fama de buenos predicadores (inmerecida la del primero), causó gran escándalo en toda España y produjo hondo revuelo entre los católicos, no sin algún prestigio para los protestantes.

Prestigio y utilidad, puesto que aun cuando ninguno de los clérigos y frailes católicos que dejaron la Iglesia por la Reforma eran hombre de gran talla, por lo menos habían estudiado todas las Humanidades, Filosofía y Teología regularmente, y estaban acostumbrados á una disciplina mala ó buena, pero seria y á tratar con masas de creyentes. Sin ellos, el protestantismo

«buen trabajo que nos costaba contener la risa, porque en toda nuestra vida habíamos oído sarta más grande de desahos y de barbaridades; ¿qué había de producir la ignorancia de aquel pobre menestral? Lo que hizo menos mal fue cantar con voz estentórea y agardentosa. Si Dios no le llamaba para pastor evangélico, para sochantre de catedral católica no hubiera tenido rival. El discurso de despedida lo hizo el extranjero.

«Esto no va a ninguna parte—nos dijo al salir el compañero teólogo—; esto no es protestantismo ni nada. ¿Por quién nos han tomado en Inglaterra, en Alemania ó donde sea? Así no se hacen aquí prosélitos, sin pagándolos bien.

Tenía razón; pero yo, aún no convencido, visité después otras dos capillitas, en las que sucedía, poco más o menos, lo mismo. Sólo en la de la calle de la Madraza, que vi más adelante, local donde hoy está *El País* y había funcionado un teatro de mala muerte, iban las cosas menos mal. Había un orador notable, el Sr. Carrasco; se cantaba medianamente, se recitaba el Credo y el símbolo de San Atanasio; la concurrencia era ya distinta: casi media pobre, adecuada en su mayoría.

Con todo aquello resultaba frío para meditaciones que han nacido católicas, digamos así, porque nadie nace más que ser humano... y gracias. Faltaban atractivos del santismo, rituales, clero, aparato, luz, un buen órgano, alicientes para la vista, y sobra sermón; la oratoria casi llegaba al culto.

Por entonces, ya me había yo enterado de la táctica de los protestantes: no podía ser más primitiva é inocente, ni más dispareja.

Así como San Benito de Nursia, al enviar a sus discípulos para que fundaran monasterios acá y allá, no les daba más que una pesa para el pan y una medida para el vino, por creer que en la frugalidad consistía casi exclusivamente el estado monástico, así los pastores que nos enseñaron les dieron no más que una Biblia en castellano—la de Cipriano Valera—, como ellos hubieran dado las copias de Calvino.

Creían que con repartir Biblias ó partes de ellas, como los Evangelios, iban a conseguir todo aquí. ¡Error fatal! Y gracias, no a los pastores extranjeros aquellos cambiaban de opinión, que no cambiaron los muy tozudos, sino a que por entonces la Escuela Pia estaba en crisis y en el clero secular todo andaba turbado á consecuencia de la Revolución, y algunos escocidos, ya presbiteros, más tal cual sacerdote secular, se pasaron al protestantismo, que les prometía el oro y el moro, aunque luego, ni cobraron.

El ingreso en la Reforma de los escolares Tornos y Cabrera, que tenían mucha fama de buenos predicadores (inmerecida la del primero), causó gran escándalo en toda España y produjo hondo revuelo entre los católicos, no sin algún prestigio para los protestantes.

Prestigio y utilidad, puesto que aun cuando ninguno de los clérigos y frailes católicos que dejaron la Iglesia por la Reforma eran hombre de gran talla, por lo menos habían estudiado todas las Humanidades, Filosofía y Teología regularmente, y estaban acostumbrados á una disciplina mala ó buena, pero seria y á tratar con masas de creyentes. Sin ellos, el protestantismo

«buen trabajo que nos costaba contener la risa, porque en toda nuestra vida habíamos oído sarta más grande de desahos y de barbaridades; ¿qué había de producir la ignorancia de aquel pobre menestral? Lo que hizo menos mal fue cantar con voz estentórea y agardentosa. Si Dios no le llamaba para pastor evangélico, para sochantre de catedral católica no hubiera tenido rival. El discurso de despedida lo hizo el extranjero.

«Esto no va a ninguna parte—nos dijo al salir el compañero teólogo—; esto no es protestantismo ni nada. ¿Por quién nos han tomado en Inglaterra, en Alemania ó donde sea? Así no se hacen aquí prosélitos, sin pagándolos bien.

Tenía razón; pero yo, aún no convencido, visité después otras dos capillitas, en las que sucedía, poco más o menos, lo mismo. Sólo en la de la calle de la Madraza, que vi más adelante, local donde hoy está *El País* y había funcionado un teatro de mala muerte, iban las cosas menos mal. Había un orador notable, el Sr. Carrasco; se cantaba medianamente, se recitaba el Credo y el símbolo de San Atanasio; la concurrencia era ya distinta: casi media pobre, adecuada en su mayoría.

Con todo aquello resultaba frío para meditaciones que han nacido católicas, digamos así, porque nadie nace más que ser humano... y gracias. Faltaban atractivos del santismo, rituales, clero, aparato, luz, un buen órgano, alicientes para la vista, y sobra sermón; la oratoria casi llegaba al culto.

Por entonces, ya me había yo enterado de la táctica de los protestantes: no podía ser más primitiva é inocente, ni más dispareja.

Así como San Benito de Nursia, al enviar a sus discípulos para que fundaran monasterios acá y allá, no les daba más que una pesa para el pan y una medida para el vino, por creer que en la frugalidad consistía casi exclusivamente el estado monástico, así los pastores que nos enseñaron les dieron no más que una Biblia en castellano—la de Cipriano Valera—, como ellos hubieran dado las copias de Calvino.

Creían que con repartir Biblias ó partes de ellas, como los Evangelios, iban a conseguir todo aquí. ¡Error fatal! Y gracias, no a los pastores extranjeros aquellos cambiaban de opinión, que no cambiaron los muy tozudos, sino a que por entonces la Escuela Pia estaba en crisis y en el clero secular todo andaba turbado á consecuencia de la Revolución, y algunos escocidos, ya presbiteros, más tal cual sacerdote secular, se pasaron al protestantismo, que les prometía el oro y el moro, aunque luego, ni cobraron.

El ingreso en la Reforma de los escolares Tornos y Cabrera, que tenían mucha fama de buenos predicadores (inmerecida la del primero), causó gran escándalo en toda España y produjo hondo revuelo entre los católicos, no sin algún prestigio para los protestantes.

Prestigio y utilidad, puesto que aun cuando ninguno de los clérigos y frailes católicos que dejaron la Iglesia por la Reforma eran hombre de gran talla, por lo menos habían estudiado todas las Humanidades, Filosofía y Teología regularmente, y estaban acostumbrados á una disciplina mala ó buena, pero seria y á tratar con masas de creyentes. Sin ellos, el protestantismo

«buen trabajo que nos costaba contener la risa, porque en toda nuestra vida habíamos oído sarta más grande de desahos y de barbaridades; ¿qué había de producir la ignorancia de aquel pobre menestral? Lo que hizo menos mal fue cantar con voz estentórea y agardentosa. Si Dios no le llamaba para pastor evangélico, para sochantre de catedral católica no hubiera tenido rival. El discurso de despedida lo hizo el extranjero.

«Esto no va a ninguna parte—nos dijo al salir el compañero teólogo—; esto no es protestantismo ni nada. ¿Por quién nos han tomado en Inglaterra, en Alemania ó donde sea? Así no se hacen aquí prosélitos, sin pagándolos bien.

Tenía razón; pero yo, aún no convencido, visité después otras dos capillitas, en las que sucedía, poco más o menos, lo mismo. Sólo en la de la calle de la Madraza, que vi más adelante, local donde hoy está *El País* y había funcionado un teatro de mala muerte, iban las cosas menos mal. Había un orador notable, el Sr. Carrasco; se cantaba medianamente, se recitaba el Credo y el símbolo de San Atanasio; la concurrencia era ya distinta: casi media pobre, adecuada en su mayoría.

Con todo aquello resultaba frío para meditaciones que han nacido católicas, digamos así, porque nadie nace más que ser humano... y gracias. Faltaban atractivos del santismo, rituales, clero, aparato, luz, un buen órgano, alicientes para la vista, y sobra sermón; la oratoria casi llegaba al culto.

Por entonces, ya me había yo enterado de la táctica de los protestantes: no podía ser más primitiva é inocente, ni más dispareja.

Así como San Benito de Nursia, al enviar a sus discípulos para que fundaran monasterios acá y allá, no les daba más que una pesa para el pan y una medida para el vino, por creer que en la frugalidad consistía casi exclusivamente el estado monástico, así los pastores que nos enseñaron les dieron no más que una Biblia en castellano—la de Cipriano Valera—, como ellos hubieran dado las copias de Calvino.

Creían que con repartir Biblias ó partes de ellas, como los Evangelios, iban a conseguir todo aquí. ¡Error fatal! Y gracias, no a los pastores extranjeros aquellos cambiaban de opinión, que no cambiaron los muy tozudos, sino a que por entonces la Escuela Pia estaba en crisis y en el clero secular todo andaba turbado á consecuencia de la

